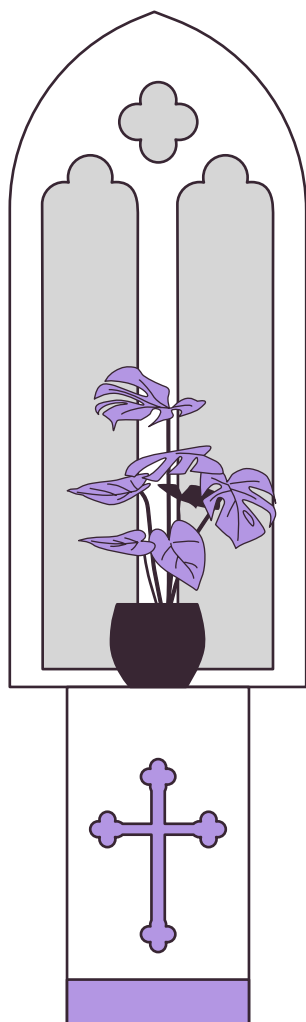


Andrés Felipe Rivera
Gómez*

TOMÁS DE AQUINO: HOMBRE DE SU TIEMPO Y DE NUESTRO TIEMPO



*“Así como se aprehende como bueno
algo que verdaderamente no lo es,
así también se aprehende como malo
algo que verdaderamente no es malo”*
(De Aquino, 1989, p. 259)

S

i bien no se sabe con exactitud la fecha del nacimiento de santo Tomás de Aquino, la tradición dominicana afirma que fue en 1225, en el castillo de Roccaseca, Italia (Dominicos.org, s.f.). Por esta razón, la revista *Sol de Aquino* (SDA) ha querido dedicar el número 27 al pensamiento, vida y obra de aquel que, en su juventud, quisieron llamar “El buey mudo”. Este año, tanto la Universidad Santo Tomás como la Orden de Predicadores celebran así el octingentésimo aniversario de su nacimiento.

* Docente de la Dirección de Humanidades, Universidad Santo Tomás. andresriverag@usta.edu.co. orcid: <https://orcid.org/0000-0001-8949-696X>

La tendencia hacia lo que le hace bien surge de la misma naturaleza que le pertenece al ser humano por su dimensión racional

Sabemos muy bien que abarcar toda la obra de santo Tomás es una tarea casi interminable; sin embargo, lo que se pretende en el número 28 de esta revista es abrir un espacio de reflexión a partir de algunos aportes que hizo

el Dr. Angélico para su tiempo y que, pese a que obedecen a otro contexto, creemos firmemente que sus escritos pueden seguir iluminando a los hombres de todas las épocas.

Ahora, si bien debe saberse que el santo dominico no tiene una respuesta para cada dilema o problemática de cada generación, no se puede negar que, dentro de sus aportes, hay una comprensión del ser humano en su integralidad, cuya constitución no ha cambiado desde su aparición en la tierra, razón por la cual nos arriesgamos a creer que, desde las enseñanzas del Aquinate, sí es posible lograr bases sobre las cuales responder a ciertos interrogantes existenciales como: ¿de dónde venimos?, ¿quiénes somos? y ¿para dónde vamos?, e incluso preguntas acerca de la conducta humana como: ¿por qué actuamos de determinada manera?, ¿qué nos mueve al obrar? o ¿cómo relacionarnos con el entorno?

Es, pues, menester de este escrito, presentar algunos apartes de santo Tomás de Aquino con el fin de seguir abriendo una reflexión en torno a las vicisitudes que deben afrontar los seres humanos de todo tiempo y de todo lugar, puesto que, mientras sigan existiendo personas dentro de este lugar llamado “planeta tierra”, surgirán nuevos entornos y nuevas cuestiones

que promuevan preguntas en torno al *thelos* humano.

Frente a lo anterior, se presentan tres temáticas que, para nuestro tiempo, se consideran coyunturales, dado las nuevas dinámicas que enmarcan la vida humana en lo que corresponde al siglo XXI y que cada vez complejizan más las relaciones sociales entre las personas, así como las de estas últimas con el medio ambiente e incluso consigo mismas. Tales tópicos son la consecución de la paz, el cuidado del medio ambiente y la inteligencia artificial.

...frente a la consecución de la paz hay que decir...

Como se mencionó anteriormente, quizá el discípulo de Alberto Magno no tenga una respuesta precisa para los retos que engloban las temáticas señaladas, no obstante, puede que, dentro de sus reflexiones haya algún contenido epistémico que logre impulsarnos a considerar cada temática de una manera diferente a como el mediatismo actual quiere direccionar la mente de todos.

Frente a la consecución de la paz, se puede aprovechar lo que sostiene el autor de la Suma teológica en relación con el odio, tema que desarrolla en la cuestión 29 de la *prima secundae*. En el artículo 1, afirma que, al saber que dentro de los seres humanos existe una potencia conocida como apetito natural, este se entiende como una inclinación natural hacia lo que le ocasiona algún bien. La tendencia hacia lo que le hace bien surge de la misma naturaleza que le pertenece al ser humano por su dimensión racional. Sostiene el Dr. Angélico que esa tendencia al bien es producto de la consonancia o

correspondencia que es propia de las *animas* racionales, por ende, la armonía que se genera entre el bien deseado (la cosa) y el que desea (agente) (De Aquino, 1989).

Lo anterior da razón de lo que puede ser provechoso para las personas; sin embargo, lo que puede apartar de ese bien a los seres humanos es el odio, que es disonante para estos y corresponde al objeto del mal. Pero si el apetito natural debe empujarnos al bien, entonces, ¿por qué la inclinación de ciertos hombres al mal?

Frente a este interrogante, responderá el autor de la Suma teológica que aquello ocurre debido a que, si bien el ser humano tiende al bien, es posible que su apetito natural pueda tomar por bueno aquello que no lo es como tal: “Así como se aprehende como bueno algo que verdaderamente no lo es, así también se aprehende como malo algo que verdaderamente no es malo” (De Aquino, 1989, p. 259).

Tal confusión puede también darse dado que, si bien es más fuerte la tendencia hacia el bien, sucede que igualmente se reconoce que “el odio es más sensible que el amor”, por lo que puede parecer más delectable a la inclinación de las personas y, por ende, teniendo en cuenta que nuestra sensibilidad es la que nos lleva a la acción, ello ocasiona que el direccionamiento de los actos humanos se adhiera a lo que es contrario a la misma naturaleza.

De ahí la complejidad de darle alguna salida al tema de la consecución de la paz, teniendo en cuenta que hay seres humanos que se encuentran expuestos ante las inclinaciones de quienes se han imbuido en el odio y el rencor, tanto así que la vida solo se la han gastado creando imaginarios e ideas del otro o de los demás como enemigos. Adicionalmente, lo

que sostiene De Aquino no es determinante para los seres humanos, o mejor aún, no es una inclinación natural de aquellos, puesto que no corresponde a su esencia.

Lo único determinante en los seres humanos es que estos “son dueños de sus actos” (De Aquino, 1989, p. 37), los cuales son consecuencia de su libre albedrío, producto de la facultad de la voluntad y la razón, las cuales deben orientarse hacia un bien; algo que se hará realidad siempre y cuando haya un mayor autoconocimiento y, a su vez, los seres humanos no se dejen engañar por satisfacciones cortoplacistas que lo único que provocan es desviar la existencia humana de su fin último.

... frente al cuidado del medio ambiente hay que decir...

Seguido a lo anterior, se encuentra el cuidado del medio ambiente, tópico que, si bien no se puede comprender de manera explícita en los planteamientos de santo Tomás, sí es posible inferirlo de la teoría de la creación que se presenta en la primera parte de la Suma teológica, arguyendo que todo lo que existe tiene no solo un origen, sino un ser originador al cual le llamamos “Dios”. Además de ello, al igual que todo lo causado, la creación tiene un fin en sí misma. Dado que Dios todo lo ha hecho bien, y algo “bueno” no puede producir algo malo, la creación entera tiene un propósito propio que es corresponder a la finalidad con que fue hecha, y esto es contribuir con la naturaleza de todos los demás entes creados.

Lo único determinante en los seres humanos es que estos “son dueños de sus actos” (De Aquino, 1989, p. 37)

Bien lo sostiene el Dr. Angélico al reconocer que una causa obedece a una anterior y, por ende, es posible que pueda generar algo, dado que su causación se da gracias a la fuerza primera y universal: “Así algunos opinaron que, aun cuando la creación sea acción propia de la causa universal, sin embargo, alguna de las causas inferiores puede crear en cuanto que obra por poder de la causa primera” (De Aquino, 2001, p. 53).

La creación de Dios, para el fraile dominico italiano, es el resultado de una mente mayor que así lo dispuso para que, a través de ella, los seres humanos pudiesen comprender que, en todo lo existente hay una codependencia que tiene como finalidad una acción colaborativa: “Todo cuerpo exige para su acción algo preexistente...” (De Aquino, 2001, p. 53). Esto quiere decir que hay una voluntad y acción previa que va a determinar su naturaleza.

El universo entero tiene un orden y, por ende, tanto un ser ordenador como un fin, lo cual debe llevar a una consideración sobre la manera en que cada quien se relaciona con el entorno. Los ecosistemas, o mejor, la madre naturaleza, guarda en sí misma un poder divino, es decir, pertenece a un orden espiritual dado que es creatura y, gracias a su causa eficiente, está ordenada a generar vida. Esto, a su vez, permite comprender que tiene un origen trascendental, por lo que no es efímera, sino duradera y necesaria: “...así también todo ser creado participa de la naturaleza del ser, porque solo Dios es su ser” (De Aquino, 2001, p. 54).

Pero, al igual que en el tema de la consecución de la paz, la gran barrera sigue siendo el direccionamiento que los seres humanos le dan a ciertas acciones que terminan limitando y afectando los ecosistemas, partiendo del postulado de que, muchas veces, se opta por lo que es dañino creyendo que ello va a generar algún bien, cuando en realidad no es así. Pese a que no es el cierre de esta reflexión, sí cabe plantear un primer cuestionamiento: ¿cómo lograr que los seres humanos seamos más sensibles a la espiritualidad y a nuestra propia naturaleza?

...frente a la inteligencia artificial hay que decir...

Para finalizar, queda mencionar el tópico relacionado con la inteligencia artificial (IA), algo que podría considerarse totalmente desfasado si se busca algún acercamiento desde los postulados de santo Tomás de Aquino, teniendo en cuenta que la IA es un neologismo, propio de lo que se ha conocido como la cuarta revolución industrial y que, incluso, podría tomarse como anacrónico, dado que tanto el término como dicha tecnología distan más de siete siglos de la época en que vivió el Aquinate. Pese a tal acotación, ¿qué hubiese pensado el Doctor Angélico frente a la IA si hubiese sido un varón de este tiempo?

Frente a lo anterior, llama la atención que, en el artículo 5, cuestión 64, parte tercera de la Suma teológica, santo Tomás escriba: “Puede uno

servirse de un instrumento inanimado y separado de él, con tal de que se le una en la moción de impulso. Un artesano, por ejemplo, trabaja de distinto modo, valiéndose de las manos de un cuchillo” (1994, p. 544).¹

Es evidente que el texto extraído de la cuestión 64 no se refiere directamente a la IA, por obvias razones, sin embargo, si se logra una re-adaptación de la cita del Aquinate frente al tema en mención, es posible inferir que su posición frente aquella, podría ser positiva, teniendo en cuenta que tal invención es producto del esfuerzo humano y, por ende, no estaría mal que el hombre buscase la manera de hacer más expedito su trabajo. Es más, si tal hubiese sido el tema de la época de Tomás, seguramente hubiese formulado la cuestión así: ¿Puede la IA ser un medio de ayuda a los seres humanos para la consecución de algún fin? Nuevamente, creería que su respuesta estaría a favor de esa herramienta.

Incluso, lo que no tendría discusión, independientemente de la época, es que toda fabricación elaborada por los seres humanos termina siendo una ayuda o, como se ha referido con la IA, una herramienta que les sirva de apoyo o medio para lograr un fin mayor. Queda claro que la IA no es un fin, sino un recurso para lograr este último.

La IA es entonces un instrumento. Algo fabricado que no tiene vida. En palabras aristotélicas, no posee “alma”, dado que no tiene movimiento intrínseco y, por ende, depende de otra fuerza, en este caso, la mente humana, para poder ser movido. De esa manera, queda respondida la cuestión acerca de cuál hubiese sido la posición del discípulo de Alberto Magno frente a la IA.

Quizá, como se ha mencionado, no sería de extrañar la postura de santo Tomás frente a la IA; sin embargo, lo que sí hubiese generado “ruido” sería el hecho de atribuirle a dicha tecnología el término “inteligencia”. De ahí la cuestión que podría plantearse al respecto: ¿por qué llamar a la IA “inteligencia” cuando no tiene fuerza de movimiento natural? O incluso, si se le califica a la inteligencia de “artificial”, ¿acaso no sería una contradicción al referirse a dicha potencia como ‘tal’? Esto así, dado que, si es artificial, no puede llamársele “inteligencia”.

Volviendo a nuestro tiempo, debe tenerse en cuenta que, hace unos años, una vez que los teléfonos celulares comenzaron a ser más sofisticados y a contener diversas funciones, se les comenzó a identificar como *smartphones* que en castellano se traduce como “teléfono inteligente”, nombre que no obedece a la naturaleza propia del término “inteligente”. Desde el pensamiento aristotélico tomista, tanto la inteligencia como el entendimiento son concebidos como potencias del alma racional (De Aquino, 2001),² propia de los seres humanos y no, siquiera, de las almas vegetativa y sensitiva, que también cuentan con locomoción propia,

1 ST. III, c.64, art. 5, (ad 2)

2 ST. I, c.79, art. 1

pero no equiparable a la racional, perteneciente, únicamente, al género humano.

Puede que la IA cuente con funciones que intentan simular la mente y la motricidad humana; sin embargo, ello se da por imitación y no por semejanza, teniendo en cuenta que dicha imitación no es natural, pero sí programada por una mente humana. Así como un automóvil es producto de la fabricación del hombre, no significa que aquel sea también otro hombre. Lo mismo se puede establecer con la IA.

Igualmente, cabría la cuestión de por qué no considerar a la IA como inteligencia, dado que cuenta con ciertas coincidencias con la mente humana, a lo que se debe responder que no, dado que, así como hay plantas que, por mucho que se acerquen al movimiento propio de las almas sensitivas que corresponde a los animales, su razón de ser es cumplir con su función y naturaleza y, por ende, no se les puede considerar parte del mundo animal.

Del mismo modo, cabe la comparación entre los animales y los seres humanos. Si bien hay animales, como los elefantes, que tienen la capacidad de emitir un sonido para identificar a cada miembro de la manada y, además, se ha descubierto que también tienen ritos funerarios para conmemorar a los cercanos que han muerto, ello no significa que se les deba tener por humanos. Así pasa con los loros, los delfines, algunos caninos, primates, etc. De ese modo, cabe la comparación con la IA y, de ahí, la crítica que se ha establecido sobre por qué considerarla como “inteligencia”.

No puede tenerse la IA como mala, dañina o peligrosa, puesto que nada de lo que es fabricado por la mente humana cuenta con las potencias del apetito o la voluntad, razón por la cual ningún instrumento debe ser considerado como “bueno” o “malo”, moralmente hablando, debido a que el único que puede determinar el rumbo de lo que ha sido fabricado es el ser humano que cuenta con libre albedrío y que, a diferencia de las plantas y los animales, no está predeterminado o “programado para” y, adicional a ello, es quien opta por lo que le hace bien o le degenera.

La IA es y seguirá siendo una herramienta que podrá ser de mucha ayuda para contribuir con la consecución de algún fin último para el ser humano. Dicha herramienta no puede, entonces, tildarse así como “buena” o “mala” si se tiene en cuenta que malo o bueno no es el instrumento que se fabrica, sino la voluntad de quien lo usa.

La IA es y seguirá siendo
una herramienta que
podrá ser de mucha
ayuda para contribuir
con la consecución de
algún fin último para el
ser humano

REFERENCIAS

- DE AQUINO, T. (1989). *Suma teológica* (D. González, Trad., Tomo II). Biblioteca de Autores Cristianos. <https://www.dominicos.org/media/uploads/recursos/libros/suma/2.pdf>
- DE AQUINO, T. (1994). *Suma teológica* (A. Montero Galán, Trad., Tomo V). Biblioteca de Autores Cristianos. <https://www.dominicos.org/media/uploads/recursos/libros/suma/5.pdf>
- DE AQUINO, T. (2001). *Suma teológica* (J. Martorell Capó, Trad., 4.ª ed., Tomo I). Biblioteca de Autores Cristianos. <https://www.dominicos.org/media/uploads/recursos/libros/suma/1.pdf>
- DOMINICOS.ORG. (s. f.). *Biografía de Santo Tomás de Aquino*. <https://www.dominicos.org/quienes-somos/grandes-figuras/santos/biografia-tomas-de-aquino/>

